

Sebastian Fuentes Medina

Colombia, Bogotá

sebastianfuentes2110@gmail.com

**Creación literaria
Narrativa**

*Se acechan sobre tus hojas
los orbes rojos y morados
que impacientemente nos esperan
para ser abrazados,
para derribarlos en trenes,
para llevarlos en carretas,
para cazarlos con anzuelos
y robarlos con sigilo.*

Se cree usualmente que los juegos sin risas no son juegos. Aunque hay juegos donde fusiles llenos de carcajadas son reemplazados por estampidas gritonas, donde las noches eligen deambular en los días en lugar de abrigar, y juegos que prefieren callar en vez de huir. También existen juegos donde la madre tierra es la compinche alcahueta que otorga ramas, árboles, arena, agua, y frutos. Casi siempre quedan rastros de ella en sus pieles quemadas y sucias, en sus ropas manchadas o desgarradas, e incluso sus cabellos alborotados dilatan los pasos de la brisa entre sus hilos.

Y hablando de pepitas de Yaraguao, un nombre extraño que bien podría ser algún tipo de ave o de un pez. Pero para Luz, son esferas moradas y rojas que cuelgan de árboles casi inalcanzables, casi inexistentes por culpa de algunas Pirangas hambrientas y por el verano que a veces las deseca. Entonces, decido preguntarle a la persona más indicada para salir de esta duda;

—¿Cómo son los juegos con pepitas de Yaraguao?

—¿Qué es eso? — Frunció el ceño.

—¿Ahora no se acuerda?

Los cristales nostálgicos empezaban a desbordarse por la popa de sus ojos. Estaba a punto de responder, no sin antes darle un sorbo a su limonada para luego dedicarse a contar unos juegos como si fuese una lista de cosas pendientes por hacer. Ahora me queda la difícil tarea de agasajarlos de forma apropiada.

Pepitas de Yaraguao



Tomada por Luz

I: La lleva de los mulatos

En 1993, nuestras casas fueron invadidas por mulatos, delgados en sus patas y frondosos en sus cabezas, servían para muchas cosas. Cuando salíamos de la escuelita, durábamos casi tres horas regresando a la casa, pero no era porque quedara lejos, ni tampoco porque era muy floja para echar a pata. ¡Era por culpa de los mulatos! Había días en el que el sol quemaba tanto que ahí los mulatos servían de techo, era la salvación. Casi siempre regresábamos de mulato en mulato. Pero cuando jugábamos a *la lleva de los mulatos*, corríamos hacia ellos para salvarnos, ay donde fuera el único mulato del lugar porque corríamos desesperados hasta encontrar a otro. A veces ya muy cansados, corríamos por pepitas de Yaraguao y a los pocos segundos se asomaban entre los labios los dientes morados de Ada luz, Yito, Zoraida, los míos y de otros que no recuerdo.

II: *Tren sin curvas*

Cuando era niña existían trenes que no giraban. Para ellos no existían las curvas, pues sus carriles eran derechos e interminables. Nadie podía detenerlos a menos de que sus ruedas se fatigaran. Recuerdo que casi siempre jugábamos al *tren sin curvas*, corríamos todos agarrados de la espalda del otro al tal punto de desgarrar nuestras camisas. Temíamos que el tren nos echara de sus vagones. No parábamos de reír. La cabeza del tren nos guiaba, pero nunca giraba, y aunque se nos atravesara un monte o cualquier otra cosa, por ese mismo lugar pasaba el tren. Suplicábamos que todo fuera derecho y el camino estuviera limpio, pero era muy ambicioso pedirlo. Cuando nos aproximábamos a nuestras casas, nuestras piernas y manos destellaban un rojo intenso erizados por un pasto desconocido, todo el tiempo queríamos rascarnos, y nuestros uniformes permanecían invadidos por pegapega¹. Lo más inútil era sacar esa pegapega, pues al siguiente día probablemente estarían más llenas de ellas.

Esta vez no puedo decir que comíamos pepitas de Yaraguao, pues el tren no tenía estaciones como para detenernos a comer unas cuantas pepitas, aunque recuerdo que nuestras suelas permanecían pintadas de color rojo y parecíamos Pirangas, lo único que nos diferenciaba de ellas es que no las comíamos. —¡Qué desperdicio! — en la tierra amarilla su piel permanecía maltratada por las ruedas del *tren sin curvas* y en nuestras suelas sus cuerpos estaban magullados.

III: *Carreta de palo*

Nuestra imaginación prendía vuelo cuando el sol estaba justo en el medio del cielo. Calentaba demasiado, como siempre. Esta vez, saliendo de la escuelita queríamos llegar rápido a la casa, pero estábamos muy cansados para jugar al *tren sin curvas* o salir pitados con *la lleva de los mulatos*. Ahí notamos que un tronco largo que aún conservaba sus ramas nos llamaba a gritos y gastamos media hora del mediodía para jugar con él. Era un tronco de pepitas de Yaraguao.

¹ Pegapega. Nombre característico para referirse a la planta *Torilis Arvensis*.

Luego notamos que sería nuestro caballo, carruaje o carro por la próxima media hora, o hasta donde aguantara las hojas. Dos tomaron el tronco para colgar los morrales amarillos. Aclaro, no eran amarillos, era su nuevo color después de limpiar el piso con ellos. Una vez aferrados al tronco, el otro se sentaba en las ramas para ser arrastrado con la fuerza de brazos desgalamidos, nos cansábamos muy rápido así que era cuestión de rotar nuestros oficios.

La carreta de palo, le decíamos cada vez que estábamos cansados de ir en tren o abrazar a los mulatos.

IV: Pesca

Los domingos matinales solían ser días más tranquilos, nos sentábamos todos en el patio y mirábamos la brisa jugar con las hojas secas que mi mamá había olvidado arrastrar. Pasaban horas sin hacer nada, pero esos domingos matinales de verano sembraban en nuestras pieles un deseo de consumirnos en algún charco. Justo a lado de la casa vieja, se asoleaba un pozo pequeño y dormilón.

Caminábamos en punta de pies para no despertar al pozo, pero no faltaba el que quería hacer ruido y ahí todos lo callábamos —shhhhh—. El agua parecía el espejo por donde el cielo se miraba todas las tardes, y en momentos oíamos un sonido similar al de tirar una piedra en el charco. Eran capitanes. Y nosotros, muy golosos, cargábamos una vara y tres anzuelos para atraparlos.

Al inicio creíamos que los capitanes no serían tan tontos como para caer en el gusano apetitoso que colgaban de los anzuelos. Pero su codicia los llevó a ser los próximos en estar colgados. Sobre las cuatro de la tarde ya salíamos del charco con cinco capitanes en la vara, y nuestra ropa le daba de beber al suelo seco del verano.

V: Ladrones

Después de querer ser doctores, policías, granjeros, cocineros o costureros, se nos ocurría ser ladrones frutales. Ladrones que se camuflaban en los pastizales para tomar algunas frutas sin dueño.

Un día, nuestra tía Anita con hilos blancos en su cabeza y una ropa muy floreada nos susurraba en el oído para ser cómplices de sus ocurrencias:

—¡Chinos! ¿Vamos al Plan a traernos una patilla?

Nuestras palabras se vistieron de silencio, aunque un intercambio de nuestras miradas bastaba para exponer ojos que morían de sed de lavar nuestras bocas de una patilla sin dueño. En la escena del crimen, nos rodeaba pastizales altos y secos, una brisa recelosa que acariciaba, y unos hombros encogidos que se escondían de alguien. No estábamos solos, se escuchaban pasos invasores que sacudían los pastizales. Eso nos puso a temblar. ¡Tuvimos mucha suerte! Otros cuatro venían por su patilla y como si no nos conociéramos, huimos sigilosamente con dos patillas en las espaldas.

Juan Pablo Díaz

México

juan.diaz9858@alumnos.udg.mx

Idilio constante.

Fue como un sueño del cual despertó. Mientras Ana se subía al coche, Diego la miró desde lo alto de las escaleras, bajo una luz amarillenta y mortecina del umbral de la puerta. Ella, antes de cerrar la portezuela, lo miró. Una sombra negra y opaca la despedía con la mano derecha. Diego sintió el frío y árido viento de la noche revolverse tras el azote seco de su despedida contra el coche. El cristal polarizado la ocultó por completo y solo la imagen de él mismo se reflejó sobre los cristales. No supo si le correspondieron con una sonrisa o un simple ademán. El coche comenzó a andar. El runruneo del motor era el único ruido en toda la calle. Lo miro avanzar entre los postes de luz. La carrocería brillaba bajo el centro de toda su atención. Bruscamente, la silueta de ella traslucía cuando la luz de un coche o una farola daban en el punto exacto y rescataban, de entre la oscuridad, aquellos ojos blandos que veían sobre su desengaño las casa que nunca figuraron en sus largos y continuos sueños, donde solo la cálida sensación de hallarse acompañada y la habitación se recreaban de forma fidedigna y repetida. Tanta era la repetición que podía jurar conocer ese espacio angosto y de precaria limpieza, ese lugar de los sueños, donde tantas veces tocaba la puerta y esperaba en silencio, observando las vetas de la puerta de madera, los ojos que se formaban y que con las noches sobre la almohada y las esperas se transformaban en nubes sobre un cielo anaranjado. Y una silueta abría la puerta, oculta y deformada bajo la sombra de una luz amarillenta que parecía seguirla a todas partes.

Ana volteó sobre su hombro una última vez, antes de que el coche girara y nunca más volviera a ver aquellas casas, y mucho menos aquel rostro que ya estaba oculto por la distancia y la sombra de su desconcierto. Se preguntó si esa noche

soñaría con él. Se preguntó si su sueño sería distinto, si se mostraría la sala de sillones roídos y deshilachados, el televisor sin cables, los muebles apolillados, esos que siempre se ocultaron por los pasos fugaces de los sucesos superfluos que se deshacen en las casualidades de lo onírico para verse inevitablemente sentada en la habitación, mirándolo, observándolo, y, con la esperanza de ser escuchada, preguntar: “¿Tú también habías soñado lo mismo?”. Y fue el “Sí” ilusorio y fantástico la sentencia que a ambos hizo sentir complacidos, creyendo que no solo cumplirían el obstinado y sórdido sueño de cada uno, que en las noches fortuitas se presentaba, siempre repleto de una estela de desilusión una vez despiertos, y siempre, lleno también, de una sensación de deseo porque se repita, sino también el del otro.

“¿Y cómo es?”, preguntó Ana, sentada sobre la cama, con la espalda contra la pared. Tenía las piernas colgadas como dos péndulos, procuraba no ensuciar las sábanas con su calzado. Aquella voz no se acercaba al tono dócil de las noches impetuosas y apasionadas, en cambio era omisa y parecía distanciarse en la explanada de tela que los separaba. Su mirada era la efigie de ella misma, inmóvil. “¿Cómo es qué?”, preguntó Diego, recostado, con el cuerpo inclinado hacia una estatua de bronce que parecía llevar décadas posada ahí. Intentó calcular con un vistazo cuánto se tendría que acercar para que ella lo notara. En balanceados segundos miraba aquel perfil, eclipsado por el foco incandescente, escabullirse bajo la aureola que formaba su cabello castaño. “El sueño.”, contestó ella con sopor en la voz, completamente convencida. Mantenía la mirada rígida hacia la pared que se extendía justo enfrente de ellos, su cuello era una piedra. “Siempre es igual. Nunca cambia. Alguien toca la puerta y yo me acerco. Abro la puerta y ahí te encuentro...” dijo él, comenzando a mirar al techo, consumiendo su voz en un hálito de confusión que su mano intentó ocultar. Ana sintió la desvariación en el tono moribundo. Preguntó sin cambiar un segundo su postura: “¿Qué pasó?”. Diego contuvo el aliento. Ahora miraba, con los brazos como almohada, el punto preciso donde el techo se convertía en pared, y dentro de su boca se movían de un lado a otro las palabras que pugnaban por ser

escupidas como café caliente, las paseaba sobre sus encías, las restregaba contra el paladar, sin estar seguro si decirlas y perder lo que ambos querían. “Que no sé si seas tú.”, dijo Diego, simulando confusión, resguardando la seguridad que antes impregnaba sus palabras. Esperaba la respuesta que le permitiera avanzar o desecharse de ese momento. Ella no dijo nada, parecía solo respirar, y cuanto más largo se hacía el silencio, un arrepentimiento traicionero comenzó a nacerle desde la boca del estómago, estaba convencido de que nada sucedería. “Yo tampoco vi tu rostro nunca. Pero sé que todo es idéntico.” afirmó ella. “¿Cómo?”, preguntó él, aliviado, recuperando la ambición de su cuerpo. Ladeó su torso entero, dejó una rodilla levantada y una mirada que intentaba inmiscuirse en los ojos de ella. Ana sacó la mano derecha que se escondía entre su regazo y, con parsimonia y escualidez, señaló el foco incandescente de la habitación. Y, sin mirar hacia donde su mano apuntaba, dijo: “Porque siempre hay una luz amarilla que ilumina todo y...”. “Esa luz me gusta”, interrumpió él, cautivado por las venas verdes y sus bifurcaciones como ríos bajo una capa miscelánea de epidermis bronceada. “¿Por qué?”, preguntó ella, sin importarle la interrupción, regresando la mano al escondite habitual. “Me hace sentir en casa.”, contestó él, acomodando el cabello de su nuca. Ana disimuló una sonrisa. “Abro la puerta y ahí estas tú, sonriendo —continuó él, con la convicción de cautivar aquellos ojos y encaminar las cosas directo hacia donde quería—. No te digo nada, y pasas, y yo te dejo entrar...” “Así es en el mío también. Paso y no me dices nada.”, interrumpió ella, ofuscada, fascinada. “Si no te hubiera dicho nada, ¿de todos modos te hubieras pasado?” preguntó él, jugando, acercando disimuladamente el cuerpo, manteniendo su mirada sobre ella, el perfil oculto, celebrando cada avance. Ana en ningún momento volteó a mirarlo y segura, contestó: “Me hubieras dicho algo. Por algo me hablaste”

Diego, durante días, no hacía otra cosa más que enredarse entre sus sábanas con los dedos cruzados y esperar la llegada de la noche. Sentir la libido soporífera de los sueños que apagan todo su cuerpo, convirtiéndolo en un simple costal de carne y

vísceras, y encontrar aquel rostro fugaz, que pensó fortuito y resbaladizo junto a muchos más, que creyó no recordar, completamente diáfano en el artificio confeccionado por los párpados que la aprisionaban, aderezada por una luz amarillenta que fulguraba cada costura de aquel cuerpo, y una boca magnética y cautivadora que comenzaba a repetir lo que Ana le escribía durante las singulares conversaciones superfluas que llevaban tiempo manteniendo. Hasta que un día se cansó de despertar con las sobras del bochorno sobre el paladar y la pregunta embarrada contra las colchas: ¿cómo será aquella voz que musita y gime? Decidió invitar a Ana a su casa. Ella aceptó, con una única condición: que sea durante la noche.

“Sí. Sabía que eras tú”, dijo él, monótonamente. Aquella respuesta, sin juego, sin matices, no era lo que esperaba. “¿Siempre eres así de seria?”, preguntó él, irritado. Ana no contestó, fingió no haber escuchado la pregunta. No perdió la compostura. En el silencio, Diego regresó su vista hacia aquella brecha de transfiguración, donde la pared se convertía en techo, una línea delgada que separaba dos puntos completamente opuestos. “Y pasas a mi cuarto —retomó su historia, abatido, como su única opción— y te acuestas en mi cama, en esta cama y...”. Las palabras de Diego, como el humo de un cigarro que envenena una inmaculada habitación, colocaban entre los dos la quimera que todas las mañanas le provocaba despertar con las sábanas manchadas. En ese instante, Ana, comprendió lo que ocurría. Y no pudo disimular la sensación de que su cuerpo se descomponía. Las piernas se le durmieron. Sus dedos se crispaban entre su regazo. Pero las palabras seguían y las oraciones parecían planear nunca terminar. Ana tuvo que voltear a mirarlo, a asegurarse que era él el que seguía hablando y no una grabadora que dejaron encendida la que terminaba con el idilio. Encontró unos ojos cenizos y hundidos, una boca mustia y huidiza, que se escondían en la almohada. Regresó su mirada hacia la pared. Se pasó una mano sobre el cabello, peinándose unos mechones perfectamente lizos, su rostro se descubrió un ínfimo instante. “Te equivocaste. O puede que sí sea yo. Podemos ver. Tú dime.”, terminó Diego, mientras miraba un brillo

exhumo empapar el rostro de Ana. Intentó volver a tomar los centímetros que había dado por perdidos hasta hace un momento. Se acomodó como *La Penseuse* y la ojeo, esperaba una respuesta, una palabra; aquella estatua de cobre se había derruido en el lapso de unos minutos, perdiendo toda su perpetuidad. Ana adivinó el paradero que resguardaba cada palabra que podría pronunciar, y con un sabor agrio y marchito sobre la lengua, dijo: “No. Perdón.”. “Te equivocaste. Nos equivocamos”, afirmó Diego, derrotado, vencido. Dejó caer todo su cuerpo tenso y recobró la postura falsa de hombre indolente, a mirar el mismo punto de cambio. Ella se tragó el mal sabor de boca y se rehizo. Nada más podían hacer. La aflicción y angustia se juntaban en un solo sentimiento de desesperación.

Ana estaba segura de que no era ella quien se había equivocado, lo estaba desde el preciso instante en el que llegó. Cuando se bajó del coche y miró la puerta bajo la luz amarilla de la entrada, los patrones de la madera, las holgadas nubes en el anaranjado cielo de atardecer perpetuo, y terminó de estar segura cuando abrieron la puerta y la guiaron hasta la habitación. Se sentó sobre la cama y sintió, sobre los resortes, un liviano peso que estiraba las sabanas, y sentada desde ahí, observó con completa certidumbre y compañía, la pared blanca y lisa, repleta de imperfecciones, que crecían como escozor desde el piso, tocadas por la nitidez amarilla, y en el preciso centro de la pared encontró, colgado con descuido, el mismo y exacto cuadro que durante las noches ha observado efervescer. Una calle francesa bajo una noche repleta de estrellas y nebulosas grises. Parejas y solitarios andando de allá para acá, entrando en los cafés para al poco tiempo salir con el alma ruborizada, visitando tiendas para luego verse con bolsas de compras o sin sus sombreros que mandaron a arreglar, y siempre, justo antes que suene la alarma que la despierta, ella se estremece, escuchando los pasos, el rumor de la luz, el susurro del viento, que viajan hasta tocar los cristales de lo que es su ventana. Y la fortuita compañía que la mantiene en la habitación, aliviada, que atenúa el bullicio del exterior, y que quizá alguna noche se animaran a salir, a dejar de temer.

“Mejor me voy”, dijo ella, y ayudándose de sus palabras se puso de pie. Se secó los pequeñísimos cristales que comenzaban a resbalarse sobre sus mejillas. “Está bien.”, dijo él, mientras la miraba utilizar sus mangas holgadas como pañuelo, erguida, recobrando su mirada al cuadro, no le importó que sus ojos fueran una pecera. Diego siguió la huella de aquella húmeda mirada hasta dar al cuadro. “¿Te gusta?”, preguntó él, pensando en una última oportunidad. “Sí”, contestó ella, recuperada, embelesada con el cuadro, como desde el preciso momento en el que entró, tal vez dentro de poco comenzaran a entrar a los cafés. “Te lo puedes llevar.”, dijo él, con banalidad simulada en el rostro. Ella volteó incrédula, con los ojos confundidos y la boca apretada, intentó decir por favor. “Sí, llévate, yo nunca miro tanto como tú hoy.”, dijo él, poniéndose de pie. Seguro, se acercó al cuadro, posó sus manos sobre el marco y lo retiró con cuidado. Una vejestoria marca de suciedad quedó expuesta en la pared. Una imperfección más. Diego le extendió el cuadro y ella lo tomó, sin tener en claro qué secuencia de acciones le había puesto la capa de barniz entre los dedos. Ana miró, hechizada, los relieves de colores fríos y perpetuos, que en su conjunto hacían una única forma, pero que de tan cerca solo se lograba distinguir la emoción que cargaba cada trazo de óleo seco. “Gracias”, dijo ella.

Ambos salieron y, bajo la luz amarillenta de la entrada, esperaron en silencio la llegada del coche. Y fue justo cuando este ya se veía próximo, cuando ella preguntó si es que estaba convencido de regalarle tan bello cuadro. Diego dijo que “Sí” con movimientos erráticos de cabeza y cuerpo. Ana se despidió con un abrazo rápido, procurando que el lienzo no se dañara. Y entre sus brazos le repitió que muchas gracias por el cuadro, que lo colgaría en su cuarto. “Perdón por no ser yo.”, dijo él, ignorando las palabras agradecimiento, sintiendo solo lástima por sí mismo. Ana puso una sonrisa de pura aquiescencia en su rostro y bajó las escaleras sin decir una palabra. Abrió la portezuela del coche. Antes de subir, colocó el cuadro en el asiento de al lado. Subió. Vio, a través del cristal, cómo una silueta apagada y agonizante le decía adiós con su mano desde arriba de las escaleras, ella sonrió.

Llevaba tiempo que el coche se había perdido entre las casas y la noche, pero Diego seguía con la cabeza asomada y los codos apoyados, observando hacia la única dirección en la que Ana se había ido. Se preguntó si es que era ella con la que soñaba durante las noches, o si quizá la podría volver a ver y por fin plasmar ese idilio constante. De lo que sí estuvo seguro fue de que seguiría soñando con ella, tal vez ya sin acostarse, solo mirándola, sin poder tocarla. No sintió otra cosa en el cuerpo que no fuera la sensación que aparece cuando el tiempo se echa a perder, y dijo, en voz alta, pasándose la mano sobre el rostro, atizándose el encabronamiento: “Ese cuadro me lo regaló mi abuela”.

El coche viró y Ana tomó el cuadro que descansaba a su lado. Lo observó aprovechando los pequeños haces de luz que entraban de las farolas a través de la ventana y dotaban de formas y aspectos distintos a la pintura. Algunas parejas y solitarios desaparecían y reaparecían. Las tiendas y los cafés cerraban y abrían. Y cuando las luces fortuitas dejaron de oscilar, tocó con la yema de los dedos las costras que formaban las fachadas de las tiendas y las siluetas hasta recorrer toda la calle y sentir entre sus dedos el color gris del asfalto. Supo que aún le faltaba mucho por buscar. Imagino dónde colgaría el cuadro, frente a su cama, y también imagino a la compañía que la hizo sonreír ilusionada.

Alan Suah Islas Ruiz

México

alansuah.ndna@gmail.com

Cartografía íntima de Pachuca. Crónica de una ciudad en transformación

Sinopsis

El texto es una crónica autobiográfica, en la que platico con mi abuela acerca de las historias que me contaba. En ellas exploro algunas de las transformaciones modernas de la ciudad de Pachuca, Hidalgo, desde las cuales es posible hacer una cartografía familiar que redescubre los modos de ser y hacer en un espacio en constante cambio.

Mi abuela conocía muy bien la ciudad. Somos orginarios de Pachuca de Soto, capital del estado de Hidalgo. Ahí sabía dónde encontrar todo, y si no lo sabía lo inventaba, que diga, lo investigaba. Todo el mundo la conocía: la señora Gabi. Pocos en cambio, sabían que era por Gabina, y no Gabriela. A mí me gustaba salir al mandado con ella porque la gente de las tiendas nos regalaba siempre un pilón de cualquier cosa. Lo mejor eran las tostadas de queso y crema que se ponían en un camión rojo entre las calles de Cravioto y José M. Bandera. La gente era amable, y en cierto grado percibía felicidad en todos, o tal vez era yo. Casi no pasaba nunca nada malo ahí en la colonia Doctores, donde vivíamos. Mi abuela me enseñó todas sus calles. Incluso paseábamos por ellas solo para que intentara recordar cada detalle, con el pretexto de por si algún día me perdía. La calle más lejana, colindante casi con el Viaducto Rojo Gómez, guardaba un carro mostrenco Datsun de los setenta, blanco, con un logo rojo de un gallo con las siglas "PPS". Podemos, población, poder, pastel, ¿quién sabe qué significaba eso? No fue hasta que supe usar un navegador con internet en la secundaria que indagué sobre que aquel carro tendría que ver con un partido político local, de esos que aparecen y desaparecen y uno ni cuenta se da.

Recuerdo mucho las posadas decembrinas. Traían consigo una mezcla de colores y sabores que llenaban las calles, cerradas por los vecinos; pues qué es el espacio público sino el único lugar que se puede usar para las fiestas más emocionantes del año, o ¿para qué otra cosa puede servir? La precisa selección musical del período decembrino era pieza clave de toda esa parafernalia pseudoreligiosa. Siempre me provocó interés la progresiva transformación sonora que iniciaba prácticamente con todos bailando de cuadra a cuadra, hasta la conformación de grupos más pequeños, familiares y de cercanos contando historias de antes, o peleando por no sé qué.

Independientemente de la música, tanto a mi abuela como a mí no nos gustaba bailar, o bueno eso creí hasta que reaccionó a una canción de Café Tacuba años después. Yo le decía “ma” al igual que a mi mamá porque entre las dos nos cuidaban, aunque en la escuela nos cuestionaban seguido por nuestro papá, que si dónde está o por qué no vive con nosotros. La historia de los cigarros nunca funcionó y por esa razón no fumo. Yo soy Alan, el hijo número 2 de Rocío, hija de mi “ma” Gabina, hija de Francisca, hija de otra Francisca, y hasta ahí le sé.

A pesar de esas cosas, en la colonia no era tan complicado hacer amigos. El parque Pasteur solía ser el punto de reunión para que los niños y jóvenes se conocieran. Ahí aprendí a andar en bici y a jugar fútbol. Mi sorpresa con ese lugar fue cuando vi una foto viejísima con mis bisabuelos y sus hijos en la esquina de ese parque, junto a un árbol que actualmente tiene más de diez metros. Estuvimos prácticamente en el mismo lugar que nuestros familiares del siglo pasado.

-¿Quiénes son, ma?

-Somos mis hermanos y yo, éramos 11 pero uno se murió cuando era chiquito.

-A ver dime dónde estoy.

-Pues aquí, ma.

-Achi cómo crees... a ver pérame, no si es cierto soy esa.

-¿Y están aquí en la esquina verdad?

-Sí ahí está el árbol de la esquina.

-Está igualito.

Instantáneamente entré al mundo de esa foto. Apenas y hay carros por las calles y por alguna razón el cielo se ve más azul. Fui a la antigua casa de mi abuela para conocer a su familia. Me acerqué a la Presidencia municipal, cerca de donde vivían, y la ví caminar por su mandado. Cuando joven, ella solía ir hacia el mercado 1ro. de mayo, ahí se ponía a platicar con las señoras de los puestos hasta que su mamá, mi bisabuela, iba por ella de las orejas y le decía.

-¿Qué estás haciendo aquí Gabina?, no te digo, ya no vas a alcanzar el nixtamal para las tortillas.

-Perdóname mamá es que estamos platicando sobre cómo se están enfermado los trabajadores de las minas. Se ponen bien enfermos, les da calentura y hasta dicen que alucinan cosas. Me dio miedo por mi papá, pero tampoco me quise ir porque hace rato sentí que alguien me seguía, alguien como del futuro, aunque me parecía familiar.

-No digas babosadas niña y ya ponte a hacer tus obligaciones, nadie te sigue, ni que estuvieran escribiendo tu vida.

Pero el regaño no terminaba ahí. Llegando a su casa mi bisabuela correteaba a mi abuela por todo su patio para pegarle. Le daban vueltas y vueltas a una fuente donde lavaban, como en las caricaturas. Es que si no era por el mandado, era porque mi abuela siempre andaba en la calle; le gustaba caminar por todas partes.

-¿Qué voy a hacer contigo hija?, pobre de ti, eres una hija de la calle, pura calle nada más, ¿qué estabas haciendo después del mandado?

-No te quiero decir mamá porque le vas a pegar a mi papá.

-Chihuahua, ¿ahora qué hizo ese tarado?

-Iba caminando aquí en la subida y lo ví en la pulquería, me metí y le dije no pa, no tomes porque mi mamá te va a regañar, y al verme se espantó y sus amigos le chiflaron como en burla y le dijeron; ya te cayó la policía, José. Entonces mi

papá se salió rápido y me regañó porque me metí ahí por él, pero no tenía de otra mamá.

-Ay ese méndigo, pero ahorita va a ver.

-No lo regañes mamá, venía cantando la canción que te gusta.

Mi abuela nunca se dejó alcanzar por esos regaños y se escondía hasta que llegaba su papá a la casa.

-¡Ya llegué familia!, ¿por qué tan serios?, ¿quién se murió o qué?

-Hijo de la ching.. ¿dónde andabas que la niña fue por ti?

-No mamá no le pegues, mi papá estaba en una reunión del trabajo, ¿verdad papá?

-Si hija, hay tanto trabajo que hasta tuvimos que pedirle a los dioses prehispánicos que nos ayudaran. Nos contestaron que sí, a cambio de tomar como ofrenda 3 litrotes de pulque.

-No digas payasadas José y vete no te quiero ver, y menos a Gabina que nada más es tu alcahuete.

-¿Es porque no debo tomar a estas horas?

-No que va, es porque a quién se le ocurre tomar pulque natural, te va doler la panza.

-En esta época no hay pulques de sabores, esos los van a inventar como en 50 años.

Se salvó otra vez mi bisabuelo, (o así me lo imagino), y no es que sea malo pero mi bisabuela sí que era estricta. Ella venía de Tula porque su familia se dividió por trabajo. La otra parte de su árbol genealógico se quedó en Ojo de Agua en el estado de México, donde eran oriundos. Mi bisabuelo venía de Pénjamo, en el estado de Guanajuato, también divididos entre Guanajuato y Guadalajara, donde estaban el resto de sus parientes. Como trabajaba en las minas, lo transfirieron para las del Real del Monte porque necesitaban personal. En 1910, justo en la inauguración del Reloj de Pachuca, se conocieron y casaron a los pocos meses.

-Oye, ¿quieres ser mi novia?

-Pero estoy muy fea y tú estás muy grande para mí.

-Eres tan hermosa como ese monumento que solo da la hora.

-Bueno José, es solo un reloj, ¿qué esperabas?, saber el tiempo es lo más importante ahora que todo funciona así; todo se mide, todo se ajusta, nada se puede retrasar ni olvidar, bienvenido a la expresión más profunda pero cotidiana de la modernidad capitalista.

-¿Eso es un sí?

Bueno no dijeron eso, pero tampoco es que como que haya sido tan diferente, supongo. Además no tengo una foto para poder acceder a esa historia. Como les iba diciendo, soy el hijo 2: el número de la dualidad, de la cooperación, de la diplomacia, del equilibrio cósmico, de...

-Espérame espérame Alex, Aldo, Alan, o como te llames, ya se te va la onda igual que a mí. Creí que era mi historia, así que termina bien lo que empiezas o no se va a entender tu idea.

Si ma tienes razón, perdóname.

Como les decía, mi abuela creció en una familia que era muy unida. No tuvieron la oportunidad de estudiar, pero no por burros. De hecho, cuando aún tenía como 70 años sabía sumar, restar, multiplicar, dividir y sacar raíces cuadradas a mano con bastante rapidez. Entró a la escuela de oficios del Instituto Politécnico Nacional pero no acabó. Tuvo que trabajar desde antes, tras la muerte de su papá. Él murió a causa de la exposición prolongada a los metales pesados de las minas.

A mi abuela le costó mucho encontrar trabajo. Comenzó haciendo lo que podía hacer y no lo que le gustaba, que era hacer vestidos. Se mudó a Tampico, en Tamaulipas, y ahí puso un puesto en el parque donde preparaba y vendía refrescos. Un día de la nada se acercó un profesor llamado José, igual que su papá, y tras varias cartas de amor dramático y algunas salidas al parque comenzaron a andar. Nueve meses después nació Rocío, mi mamá.

Mi abuelo José era huérfano desde niño porque sus papás, extranjeros, habían fallecido en un trágico accidente donde se quemó su fábrica de ropa. Lo adoptó una vecina y le quitó el nombre chino que tenía para rebautizarlo como José Ruiz. Ese Ruiz puesto (o impuesto) que también llevo en mi nombre. Como sea, mi abuela solo tuvo una hija, mi mamá, y después de José, no salió con nadie otra vez (sí tuvo uno que otro novio, pero no es relevante para la trama, ¿verdad ma?)

-Así es, prosigue que ya me estoy durmiendo.

No es que quiera insistir en el tema, pero a veces mi abuela sí mostraba interés por algunos personajes; como actores de televisión, luchadores o presentadores de noticias. Su último “crush” fue un poco inesperado.

-Mira a quién tengo aquí hijo.

-¿A quién ma?

-Es tu abuelo.

-Pero esa es una publicidad del presidente, ma.

-Por eso, es tu abuelo.

Sin duda sus estándares fueron cayendo con el tiempo (o subiendo según se quiera ver), pero el chiste es que recordarla siempre ha implicado para mí recordar a Pachuca. Mi abuela vivió los eventos más importantes que dieron lugar a la expansión urbana de la ciudad, y todo comenzó cuando ella regresó de Tampico a Pachuca, ya con mi mamá de como 10 años.

La ciudad para ese entonces era diferente. Comenzaba la época de los ochenta, y la ciudad comenzaba a desbordar sus propios límites territoriales. Antes las zonas habitacionales apenas llenaban las colonias del centro, que se habían creado por mucho unos cuarenta años atrás. El gobierno se centró en la llamada industrialización y las ciudades se convirtieron en las principales fuentes de empleo, por lo que la migración y movilidad desde el resto de los municipios no se hizo esperar.

Grandes flujos de gente comenzaron a ocupar las periferias de Pachuca. El modelo desarrollista incrementó los precios de las viviendas y dejó sin muchas oportunidades a los sectores con más rezagos salariales, como los sectores campesinos, obreros e indígenas que encontraron en la construcción de barrios periféricos las únicas alternativas para vivir. Además, era una cuestión cultural agruparse lejos del centro, pues los ricos ocupaban las casas de las calles principales de la ciudad: la Av. Juárez y la Av. Revolución, orientadas hacia la Ciudad de México, como también lo estaba el centro cuando recién se instalaban las empresas mineras desde el siglo XVI en el Real del Monte, reflejando en la espacialidad una organización en función el estatus político y económico.

Mi abuela y mi mamá no tuvieron muchas opciones de vivienda y rentaron un cuartito cerca de la Colonia Doctores. Apenas y cabía una cama y una pequeña estufa. Mi abuela se dedicaba a limpiar casas o lavar, o lo que se encontrara. Le preocupaba que mi mamá tuviera oportunidades para estudiar. Hasta que por fin, en un pequeño taller de costura encontraría eso que le gustaba: hacer ropa. Mi abuela se dedicó toda su vida a la costura. En aquel entonces, hacia la segunda mitad del siglo XX, los talleres de ese tipo se ponían en los límites de la ciudad.

El taller se encontraba por la Colonia Plutarco. Varias veces fui con ella. Tomábamos la combi de cuadritos azules para llegar hasta ahí, y que su patrona le diera algo quesque de su pensión, después de invitarnos a comer y chismear sobre las empleadas nuevas. Nunca inscribió formalmente a mi abuela en una afore ni nada de eso. Sólo era así, de palabra. Mi abuela confiaba en ella porque cuando se enfermaba le mandaba un doctor particular.

-Bueno ahora que lo dices, también me daba mi aguinaldo y todo, solo que no sabía muy bien cuánto me tocaba. A pesar de eso, hijo, yo la perdono porque ese trabajo nos dio de comer a mi y a tu mamá.

Mi abuela fue siempre alguien de trabajo. En ese taller pasaba más de 12 horas continuas con el ruido que emitían las máquinas. Con el tiempo se quedó sin escuchar

en algún porcentaje. Para nuestra mala suerte, en una temporada le prestaron la máquina para hacer algo así como “home office”. Después no le pudieron seguir pagando y se la regalaron. Al poco rato mi abuela vendió la máquina mentada. Yo diría que todos descansamos de todo el ruido causado por ese aparatejo que era como un escritorio muy pesado, con una máquina de coser de fierro metida ahí. Cuando se la llevaron fue como ver la mitad de la vida de mi abuela irse por la puerta. Le caían “trabajitos” para ajustar pantalones, poner, quitar cierres o cosas así. A veces no le podían pagar con dinero, y le llevaban fruta, verdura o algún guisado.

-Tenga señora Gabi, hice unas tortitas de papa bien buenas, gracias por arreglar el pantalón de mi hijo, que no lo dejaban pasar en la escuela.

-No se apure, que lo más importante no es entrar, sino que salga su hijo de la escuela para que le vaya bien en la vida.

Mientras ella trabajaba en esas cosas, yo veía la tele o jugaba algo. En esa casa había un gran ventanal que daba hacia la calle, y como nos encontrábamos en un segundo nivel, teníamos el “privilegio” de observar el paisaje de la colonia. Ese “microuniverso” de Pachuca tenía apenas algún edificio de gran tamaño. Yo rompí ese ventanal con una pelota de plástico rígido, de esas que rebotan bastante y son pesadas. No me la acabé con mi abuela. Al otro día del regaño me contó varias de sus travesuras. También le gustaba jugar con pelotas, pero prefería no hacerlo por el prejuicio.

La máquina se la llevó a la casa porque ya le tenían confianza los del taller. Solo los fines de semana le mandaban costales de pants para escuelas que debía terminar; los hacía en dos o tres horas pero el pago era por pieza. La demanda de talleres como ese fue decayendo con el tiempo. Ya empezaban a surgir industrias textiles más grandes y con capacidad para producir en serie. Los talleres como el de la Plutarco no tuvieron de otra más que competir reduciendo los salarios, aumentando el personal, más jóvenes y sin muchos conocimientos sobre sus derechos laborales; aumentando también las horas de trabajo, llegando hasta las 18 horas seguidas confeccionando principalmente uniformes. Por alguna razón, las escuelas locales preferían a los

talleres pequeños que a las grandes industrias. Decía mi abuela que tal vez era porque podían hablar fácilmente con el dueño, en comparación con las grandes industrias que tenían capacidades limitadas para personalizar pedidos. También era una cuestión de afinidad, cercanía y confianza. Los dueños de las grandes empresas no eran de aquí. Tenían otros acentos y vivían quién sabe dónde.

Cuando todavía iba al taller, llegaba de trabajar y mi mamá la esperaba para cenar y hacer su tarea. Se la pasaban platicando horas. Lloraban juntas, o a veces reían. Se sentían solas en una ciudad que comenzaba a tener problemas de delincuencia, o ya empezaba a escasear el agua de repente.

-Aldo ahora que recuerdo, también estuve cuando azotó la ciudad la inundación del 49.

Soy Alan ma, bueno no importa. Mi abuela vivió la inundación de 1949. Desde ese momento siempre tuvo miedo a las tormentas. En aquel día de los cuarenta, ella paseaba por el centro cuando vio caer una espesa capa de lodo y agua deslizándose por los cerros que rodean al centro de Pachuca. Al correr, su lógica la llevó al cerro de la asta bandera casi sin pensar. Cuando de pronto, recordó que su hermana se había quedado en pleno centro, en su trabajo. Volvió por ella y la encontró en el camino. De regreso corriendo, el nivel del agua comenzó a subir súbitamente hasta arrastrar carros. En unas horas, se podía ver desde aquel lugar a los carros en azoteas, y cuerpos flotando en las calles que parecían ríos. Murieron más de los reportados oficialmente por los medios y el gobierno, pues entraban camiones llenos de personas sin vida, ahogados en el desconocimiento del riesgo ante desastres naturales.

Tuvieron que pasar muchos años para que se obligara a construir la primera etapa del recubrimiento del Río de las Avenidas, evitando inundaciones con características catastróficas como en aquella ocasión en pleno centro de la ciudad.

-Sí, estuvo bien feo, Alex. Escuchamos cómo tronaba el cielo bien raro, y de repente se oscureció todo. Comenzó a llover como nunca habíamos visto.

Creo que una de las muchas razones por las que mi abuela nunca se sintió tan cómoda en Pachuca, fue justo por no comprender todo lo que implicaba la así llamada modernidad. Sin entrar en detalles, creo que lo moderno es en esencia una campaña por hacer del mundo algo más razonable para vivir; pero un mundo no se construye así de la nada. La modernidad tiene sus basamentos en una historia llena de guerras, de injusticias; carga con ella y no se puede desprender fácilmente. En este sentido, puede ser que Bruno Latour tenga razón y que en realidad nunca hemos sido modernos. Sea como fuere, hay una experiencia de la modernidad que signó a ciudades como Pachuca.

Ya en los años noventa, aparecieron las famosas instituciones ciudadanas, porque la modernidad también requería de instituciones modernas; capaces de entender a la población que cada vez se iba complejizando más. Y también porque los bancos internacionales no otorgaban préstamos a los países que no eran modernos y democráticos. Quién sabe qué hubiera sido de nosotros si no nos uníamos a la campaña de la modernidad.

-Yo opino, desde mi ignorancia, que mientras todos se respeten no importa que seamos o no modernos, ¿no? Cuando me dejó tu abuelo yo le dije que estaba bien, no lo puedo obligar, pero que nunca me buscara, porque hay que ser determinantes en la vida. Y así fue, después hasta contrató gente para encontrarme porque ya tenía un buen trabajo en Pemex, pero nunca le hice caso. Eso sí, si quería ver a tu mamá siempre le dije que podía. Lo hizo un par de veces y luego jamás supe de él. La modernidad también es tener buenos valores, ¿no?

Así es, ma. Bueno no necesariamente buenos valores, sino que hay valores más modernos que otros, pero eso no quiere decir que sean bueno o malos. Mejor cuéntame qué pasó en esa época de los noventa, ma.

-Pues tu mamá conoció a tu papá: un músico de esos que no les gusta trabajar y solo te hacen la vida de cuadritos. Se enamoraron y los tuvieron a ustedes

tres pero nunca se comprometieron, a mí me caía bien a veces porque tu papá protegía mucho a tu mamá.

En esa época parecía que todo iba a ser mejor en el futuro. Era más sencillo comprar una casa o un auto. Mi mamá Rocío encontró trabajo cuidando niños.

-Le encantaba jugar al salón de clases. Formaba a sus muñecas y les enseñaba a leer. Creo que nunca las regañaba. A mí me pedía que le hiciera vestidos diferentes a sus "alumnas" para que se vean bien.

Después, ya con nosotros tres, nos volvimos a mudar en una vecindad ahí mismo en la colonia Doctores. Ahí pasé toda mi infancia y adolescencia, y mi abuela siempre cuidó de nuestra familia. Nosotros sí tuvimos la fortuna de estudiar y terminamos una carrera. Yo seguí estudiando porque me gustó dedicarme a pensar y a escribir, y ahora que no vivo en Pachuca, siento una deuda con ella y con todo lo que vivió ahí.

Sara Jiménez

México

sara.jimenez@politicas.unam.mx

V me regresó los libros que le presté hace un año.

Conocí a V una mañana de agosto en la que la emoción por ver a Taylor Swift me nubló todo el ambiente y nuestro primer encuentro se presentó como una imagen *idilish* en la que ella, resplandeciente con una luz que le iluminaba y su sonrisa de ensueño, me saludaba a mí llegando caótica y tarde como siempre a nuestro espacio en común (<<I've never seen someone lit from within, blurring out my periphery>>).

Como en todos los espacios en los que la gente tiene que pasar horas compartiendo, terminamos formando una relación que se fue alimentando de amabilidad, café y mucho respeto. No tardamos mucho en darnos cuenta de que éramos personas opuestas; ella tan estructurada y ordenada, se desespera con mi forma tan revoltosa y caótica de trabajar, yo puedo sentir como le angustia mi andar tan aleatorio y accidentado por la vida, mientras ella planea todo o casi todo. Hay tantas cosas en las que nos miramos en paralelo, pero hay algo en lo que sí podemos encontrarnos; la arquitectura, el cine y los libros.

Ahora que lo pienso, es lindo notar que todas nuestras diferencias se complementan; todo lo que me hace falta a mí lo tiene ella y al revés. Quizá por eso nos llevamos tan bien, quizá por eso también nos fuimos prestando libros y compartiendo cosas, con la liviandad que sólo puede obtenerse después de años de familiaridad (*quizá por eso tenemos nuestro par de fotos familiares que sólo tú y yo entendemos*).

Cuando le presté mis libros sabía que iba a tardar en devolverlos, sabía también que las probabilidades de que leyera uno completo de tirón o por lo menos terminara uno eran muy bajas. Sin embargo, aunque tengo dos ejemplares de cada

uno, decidí darle los más usados y maltratados. Al igual que mucha gente, creo que al dejar que alguien más lea tus libros subrayados y con anotaciones permites que te conozca desde la vulnerabilidad. Creo que se forma entre dos personas una burbuja de intimidad aparte a la realidad, honesta e indestructible.

Sé que hay un discurso general sobre prestar libros y que no te los devuelvan o prestarlos y que los devuelvan maltratados o rayados. En general a mí no me importan esas cosas. Los libros no dejan de ser objetos que pueden reemplazarse y la gente que se atreve a rayártelos, normalmente lo hace porque sabe que existe esa confianza entre los dos y se puede establecer ese diálogo que sólo permiten ellos. Con V en específico me importan de forma curiosa.

Quiero que me conozca y quiero conocerla. Y me gusta saber que mis libros forman parte de sus cosas y de su casa. Es por eso que aquella tarde en un café que lleva su nombre, le pedí pese a su cara de remordimiento mientras los hojeaba, que los rayara o hiciera anotaciones y le insistí incluso cuando me respondió angustiada que ella nunca había maltratado un libro (*aún me da risa si recuerdo tu risa preocupada*).

V me regresó los libros que le presté hace un año. Le entregué a V los libros más maltratados que tenía. Sabía que V no los iba a rayar, probablemente ni siquiera los iba a leer. Sabía también que tendría una pequeña tristeza cuando los regresara, porque eso sólo significaría que V se iba lejos de mí. No sabía que me iba a conmocionar tan fuerte cuando eso pasara.

Nunca tengo cuidado con las cosas, V si lo tiene. Ella me devolvió los libros como yo esperaba que lo hiciera; perfectamente acomodados según peso y tamaño en una *tote bag* perfectamente limpia y estética. No me sorprendió nada entonces. Pensé que al devolverlos a su librero me encontraría con libros más viejos y usados (*te insistí que los hicieras tuyos*), pero me encontré con libros que lucen como nuevos. Libros bien cuidados, casi planchados, limpios y ordenados.

Mis libros, que tenían las hojas dobladas en las esquinas, que tenían manchadas las cubiertas, no se parecen en nada a los libros que V me entregó. Pensé que de alguna manera extraña y anormal -ella es muy cuidadosa-, había perdido o roto o quemado mis libros y en su lugar me compró unos nuevos para no enojarme. Los hojeé una y otra vez para verificarlo, pero ahí estaban todas mis notas, todos mis subrayados. Pensé, que como es encarecidamente obsesiva con los detalles, luego de comprar aquellos libros nuevos, los subrayó para que yo no pudiera sospechar nada; pero estaba todo ahí, estaba, por ejemplo, la letra E y el corazón que dibujé a lado de la entrada del 24 de noviembre en *Los detectives salvajes*, porque ese día es cumpleaños de alguien que amo y estaban también las incontables “P” que escribo a lado de todo aquello que me recuerde y me haga llorar por Palomo.

Esta todo ahí; pero yo no me reconozco. Los libros huelen, se sienten, se ven diferentes. No son nada de lo que le di (*los hiciste tuyos*). Y yo que pensaba que esa intimidad que permiten los libros se limita a ver las anotaciones y subrayados de otro, me veo transformada por todo aquello que V ha atravesado en mí. Entonces, ¿debería seguir diciendo míos o comienzo a nombrarlos nuestros?

Julián Penagos Carreño

Colombia

julian.carreno@unisabana.edu.co

Al borde

Antes de salir, la mirada siempre vuelve al árbol. Allí está, inmóvil, en el balcón del quinto piso. Las hojas secas caen sobre la mesa, como pequeños suspiros en un desierto. Bonsái junípero. Shimpaku japonés. Un regalo de ella.

—No mereces esto —susurra al cerrar la puerta. Y piensa: el árbol tampoco quiere estar ahí.

Dicta clases de redacción en una facultad de periodismo, pero sus sueños están en otra parte. Quiere ser escritor. Ella lo sabía.

—Deja eso, renuncia. Dedícate a lo que te gusta —le repetía.

Él nunca lo hizo. Nunca pudo. ¿Por qué?

Cada día volvía más gris, más ausente. La melancolía se instaló como una rama seca que no cae. Su matrimonio se desmoronó. Ella se fue. Se llevó todo, menos el bonsái.

—Se parece a ti —dijo antes de marcharse. Palabras que se le quedaron clavadas. Que aún lo acechan cada vez que lo mira.

El bonsái no debería estar ahí, pero está. El clima lo castiga. La maceta es demasiado pequeña. Las raíces se retuercen, atrapadas. Como él. Sufre. Marchito, seco. Pero lucha. Se aferra a la luz. Como si creyera que algo aún pudiera cambiar.

Él tampoco se cuida. Se ahoga en alcohol cada noche. Camina como un cadáver flotante. Apenas se baña. No come. A veces, cuando el estómago lo obliga,

entra a un restaurante cualquiera, pide el plato del día, lo acompaña con cervezas. Los estudiantes lo miran con lástima. Se quejan. Solo su amistad con el decano lo mantiene a flote.

El hombre apenas riega el bonsái. Solo los domingos, y con esfuerzo. Se arrastra hasta la cocina, a mediodía, aún en pijama (si es que se lo puso). Lava un vaso cubierto de rastros de whisky antes de llenarlo de agua.

Sin embargo, a veces, el bonsái también se ahoga. Lluvias intensas anegan la tierra, asfixian las raíces en un charco espeso que burbujea como un pantano. Pero él no necesita lluvia para hundirse. Su pantano es otro: un gemido contenido que se diluye en las olas doradas del Jack Daniel's.

Y sin embargo, el *Shimpaku* resiste. Sus hojas se alzan cada día, tercas ante el sol implacable. No se decide a morir. A él también le pasa.

Las noches lo despiertan. Insomnio. Se queda mirando el bonsái, envuelto en sombras. El silencio pesa. La luna juega con las nubes. Todo parece suspendido. A veces, un aroma flota en el aire: pino y canela. El olor de ella. Sonríe, sin querer, y se queda junto al árbol hasta que la aurora rompe el hechizo.

Pero las mañanas son distintas. El ceño fruncido. La mirada fija.

—Mira que eres terco —murmura—. No sé por qué insistes.

En la ducha, la idea vuelve: tirarlo. Acabar con la agonía del árbol. Pero no lo hace. Algo lo detiene. Siempre.

Una noche decidió acabar con todo. Llegó furioso. Un estudiante se había quejado:

«No sigue el temario del curso. Solo habla de literatura. Solo habla de una mujer que lo abandonó».

Lo suspendieron sin paga.

«Deja ese trabajo, renuncia», martillaban las palabras de ella mientras caminaba a casa.

Abrió la puerta. Ahí estaba el bonsái. Inmóvil. Desafiante. La penumbra retorció sus sombras como garras. La rabia subió, espesa.

Se acercó. Pasos pesados. Las manos temblorosas. El frío de la noche lo atravesó. Empujó la maceta, centímetro a centímetro, hasta el borde. Quería que lo supiera. Que sintiera su condena.

—Vamos. Lucha —dijo con los dientes apretados—. Lánzate.

Las hojas crujían. Sus dedos sudaban. La maceta se balanceaba, al filo.

Deja que caiga. Se lo merece.

Entonces, una imagen: la última cena con ella.

—¿Por qué no te atreves? El mundo te pasa por encima y tú solo miras.

Los dedos resbalan. La maceta se inclina más. Su voz, otra vez:

—No lo vas a hacer, ¿verdad? No eres capaz.

—¿Y si fracaso?

El abismo del quinto piso lo llamaba. Un paso, y todo terminaría. Pero no. Ni él ni el bonsái se movieron.

Se quedó aferrado a la baranda. Incapaz. Retrocedió. Se apretó la cabeza. Fue a la cocina. Agua. Regó el bonsái. Cada gota: una disculpa muda. Un intento de redención.

Entonces, el bonsái sigue ahí. Fuera de lugar. Resiste. Soporta el descuido, el sol que quema, el agua que ahoga. Espera.

El hombre también.

¿Cuánto más?

Carlos José Cortez Loya

México

carloscortezloya@gmail.com

Cactulín

Ah, la vida de un cactus. Es tan difícil como te lo imaginas. Aunque no siempre fui así de negativo. De hecho, de pequeño era bastante optimista. El mundo me parecía grandioso. El calorcito del sol que venía después de una larga noche fría, la compañía de amigos y mis familiares, era algo singular. En ese entonces, pensaba que quería ser grande, muy grande para alcanzar a ver el sol salir y ponerse a lo lejos. Eso es lo que testimonian los grandes abuelos que son tan grandes y largos, que ni ellos mismos saben cuánto tiempo tienen de vida. Ellos dicen que si alcanzas una altura excepcional, hay mucho más que se puede ver en la distancia. Ese quería ser yo, y al inicio todos pensaron que era tierno. Seguramente hasta me veía guapo con mis pequeñas espinas flexibles y suaves multicolor, lleno de energía y voluntad. La nueva vida sí que puede llegar a ser mágica. Aunque esto no tardó en enfadar a todos a mi alrededor. Especialmente mi padre quería que entendiera que crecer es doloroso y que un cactus como yo solo saldría enredándose y clavándose sus propias espinas si deseaba ser tan grande y longevo.

Amo a mi padre. Él me enseñó todo lo que sé. Pero no lo puedo perdonar por tener siempre una perspectiva tan negativa de la vida. Escucharlo maldecir la vida constantemente me hizo ver a mi padre amargamente y plantó en mí una actitud desafiante que solo impulsó más mi deseo de volverme grande y ver otros horizontes. Es triste porque hay una diferencia muy notoria entre aquellos viejos altos que alcanzan a ver las montañas y los demás que no ven más que los montículos y el muro de piedras que se encuentra a un lado de nuestro hogar. El enojo con la vida de mi padre no era algo inusual entre la comunidad. Esto resulta en extremo contrastante

con los ancianos que siempre parecen estar en paz. No hablan mucho y responden lo absolutamente necesario. Cuando se les pregunta por qué ellos no son tan negativos, ellos simplemente dicen que saben lo difícil que puede ser la vida. Ellos empatizan con el resto, pero tampoco pertenecen a nosotros. Ya no más. Yo renuncié a mi deseo de grandeza hace tiempo. El despecho hacia mi padre no fue motivación suficiente para mantenerme firme tras largos años y sequías. En el momento en que se fue mi voluntad fue cuando dejé de crecer. No sé qué tan cerca estuve de alcanzar a ver el horizonte, pero siento que no estuve tan lejos. Eso es lo que lo hace más doloroso.

A lo largo de mi proceso de crecimiento, atravesé torceduras, amputaciones, petrificación. Mis espinas son ahora duras y algunas están encajadas permanentemente en mi propio tallo. Ya me acostumbré a eso, pero no puedo olvidarlo por completo porque en ventarrones fuertes me puedo llegar a sacudir bastante y las espinas se vuelven a encajar. Hace tiempo que dejé de pensar en el horizonte y solo me alegro cuando llueve y hay un poco de humedad. Ha habido algunos buenos años, pero la mayoría de los días se pasan, uno tras otro, sin que pase nada. El tío Cactulio dice que debería de volverme escritor para que, por lo menos, pueda sacarle algo de provecho a mis penas. Puede que tenga razón, aunque yo ya estoy muy viejo para comenzar algún nuevo oficio.

El otro día vino una familia de perros, estaban buscando en la tierra y entre nosotros algo del fruto que dejamos caer. Hace tiempo que no venía nadie y su visita me sacó de un trance que parecía haber durado años. Eran una manada encantadora y mi favorito fue un pequeñín que se veía muy animado, pues no parecía haber probado algo como eso antes. Sin embargo la sequía no nos permite dar muchas frutas y las que salen tampoco son muy dulces. Yo prefiero unas que sean más dulces, a costa de su escasez. Entonces estaba ahí el pequeño canino atreviéndose a probar una pitaya que yo mismo solté y que también estaba peligrosamente cerca de mí. El perrito disfrutaba tanto del manjar que dejó de ser cuidadoso y se picó fuertemente con mis espinas. El perrito gimió y ladró confundido. Era como si se sintiera

traicionado por mí. Yo sentí una ola de arrepentimiento. Fue triste ver cómo aquella criatura que había hecho mi día, se alejaba adolorida y decepcionada de mí. Todos los perros se alejaron, entonces, y no los he vuelto a ver. De hecho no he vuelto a ver a nadie más. La vida se pasa en un instante y yo solo me pregunto si los colores en el horizonte son distintos al alba.

Creación literaria Narrativa